

quince dias de ayunos, en memoria de su graciosa visita á Santa Isabel. Las franjas y otros adornos de este manto serán hechas con seiscientas salutations, otras tantas *Salves* en memoria de los consuelos que recibió con el nacimiento de su adorable Hijo. Haré los mismos expensas para proveerla de un velo. El collar que le destino tendrá el mismo valor; y mis intenciones al fabricar estos dos objetos, serán el celebrar el gozo de la Presentacion y del hallazgo de Jesus en el Templo. En fin, pondré en su mano real, un ramillete compuesto de treinta y tres oraciones dominicales, acompañadas de igual número de salutations, de *Gloria Patri*, de *Salves* y de Rosarios, para honrar los treinta y tres años que mi Jesus vivió sobre la tierra., En seguida se leía como en postdata: "Este traje quedó terminado. Dios sea bendito. No me resta más, que escusar con su Santa Madre, las faltas de mi obra, y el atrevimiento que he tenido en ofrecérselo., Si semejante relacion llegase á caer alguna vez en manos de las gentes del mundo, no hay duda que se reirían de lástima y burlarían la minuciosidad. Pero no es ménos cierto, que esto es más serio y mas importante que lo que ellos llaman sus grandes negocios.

CAPÍTULO XX.

De la devocion que tenía Rosa para con la Cruz y con una imágen de Santa Catalina de Sena.

Había plantado Rosa en su celda solitaria, una cruz que era lo que constituía todo su adorno, la cual era de un tamaño que excedía su estatura, y la había querido así, á fin de conmoverse más sensiblemente, y poder abrazarla más estrechamente, á ejemplo de Magdalena. ¡Oh! cuántas veces la cubrió con sus besos! ¡cuántas las regó con sus lágrimas! ¡cuántas la tuvo enlazada en sus brazos de dia y de noche! y ¡cuántas en fin, recibió sus suspiros, sus profundas adoraciones, y las protestas de su ternura! La santa obraba así con toda libertad, creyendo estar sola y sin testigos; pero se engañaba, pues muchas veces los criados la observaron al través de las rendijas de la puerta, y por ellos hemos sabido estos detalles tan propios para edificarnos. Siempre que en las iglesias, los oratorios ó las casas, se ofrecía á sus miradas el crucifijo, no dejaba nunca de saludarlo con una mirada afectuosa acompañada de un gemido. La cruz hacía en ella lo que hace el sol en con el heliotropo: y así en las casas que frecuentaba, era segu-

ro verla colocarse al frente de la cruz, y dirigir hácia ella miradas amorosas. El viérnes santo, día en que se expone la cruz á las adoraciones del pueblo, no podía Rosa dejar la iglesia, y todo el día no cesaba de contemplar este querido objeto de sus más tiernos afectos. En fin, la cruz ocupaba de tal manera su espíritu y su corazón, que todo objeto que naturalmente ó por acaso, le recordase su forma, fijaba su atención, y no pasaba adelante sino despues de haberla saludado con tanto respeto como amor.

Un día que su hermano Fernando la acompañaba de la casa á la iglesia, encontró la calle cubierta de pajas que habían caído de un carro que acababa de pasar: y habiendo notado que estas pajas formaban cruces por todas partes, le fué imposible pasar adelante. Por más que su hermano se quejaba y la daba prisa, fuéle preciso desbaratar todas estas cruces por temor de que los transeuntes hollasen con los pies esta señal venerable. En fin, fué tan largo este trabajo que Fernando le dijo impacientado: "Es verdad, hermana mía, que tu devoción es ya demasiado ridícula. ¿Crées que conviene á una jóven como tú, permanecer tanto tiempo en público expuesta á las miradas de los transeuntes? ¿Qué van á pensar y á decir de una ocupación tan pueril? Si llegan á com-

prender lo que estás haciendo, vas á ser para ellos un objeto de risa.,

"¡Ah! hermano mio, respondió Rosa, con un tono grave y modesto, siento el corazón despedazado cuando veo debajo de los pies de los hombres y de los animales, la imagen, aunque informe, de la cruz adorable en la cual el inocente Cordero de Dios murió por salvarnos, y no puedo prescindir de sustraerla á un tratamiento tan indigno. No es que yo inculpe á los que las pisan; porque sé muy bien que esto puede hacerse sin pecar: pero tambien no veo por qué podría desagradarles la simplicidad de mi devoción. Por lo demás, que se burlen, que se rian y piensen de mí todo lo que quieran; no por eso dejaré de preservar la imagen de la cruz de mi Jesús, de los ultrajes aun materiales, que pudieran hacerle., La santa jóven confesó más tarde que se sentía llevada á estos actos de una devoción que todo el mundo llamará pueril, de una manera tan irresistible, que no habría sabido cómo hacer para dispensarse de ellos: de lo cual debemos concluir, á mi parecer, que no hacía en esto más que seguir el movimiento de la gracia. No obstante, esta conclusión no es más que una opinión, pero que llegaría á ser cierta, si como ella pretendía haberlo sabido por una revelación oscura, que hay, en el tesoro de

las indulgencias concedidas á la cruz, una parte por esta práctica en apariencia infantil.

Rosa había plantado en su jardín tres matas de romero, y cada una formaba como un montecillo de verdura encima del cual se elevaba una rama, que, sea por un juego de la naturaleza, sea por una atención de la Providencia, ofrecía la figura de una cruz cargada de flores. Esto fué para ella un gran consuelo, porque al pasear sus miradas por su jardín, veía luego en tres lugares diferentes, el calvario y el instrumento de la salvación del mundo: este pequeño fenómeno le inspiró luego unos deseos que la santa creyó debía satisfacer. Dió pues una de estas plantas á su confesor, otra á la Vireina, y se quedó ella con la tercera. La Vireina, encantada de tener un romero tan extraordinario, no quiso confiarlo á su jardinero, sino que ella misma se encargó de cultivarlo; mas aunque lo hacía con mucho cuidado no fué con buen éxito; pues apenas había transcurrido una semana, cuando la rama crucífera perdió sus flores y sus hojas y todo el arbusto se secó: el confesor al saber esta triste aventura y el pesar que causaba á la Vireina, fué á dar parte á la sierva de Dios, probablemente con la intención de hacerla que diera su última planta. Despues de ha-

ber escuchado la dolorosa relacion de su padre espiritual, le dijo Rosa sonriendo: "Parece que las cruces no pueden vivir en medio de las pompas de la corte y del comercio frívolo de las gentes del mundo. No obstante, haced que me traigan ese romero y ya veremos.," En efecto, recibió el tronco seco, y cuatro dias despues se había vuelto á poner verde y fioreciente. Tuvo cuidado de agregarle algunos adornos de corazon de higuera, unos ángeles que parecían revolotear sobre sus ramas, y una magdalena al pie de la cruz; luego, volviolo á mandar á la Vireina.

La imágen de su maestra seráfica, adornada con los sagrados estigmas, fué para Rosa un objeto de especial devocion y el instrumento de muchos prodigios. Hacía cien años que había en Lima una cofradía de personas seglares, bajo el patrocinio de Santa Catalina de Sena, la cual acostumbraba hacer, cada año, tres procesiones solemnes, en las cuales llevaban en triunfo la imágen de su protectora, ricamente adornada, coronada de flores, y colocada en unas andas magníficas. Mientras Rosa vivió, fué ella la encargada de adornar la imágen para estos grandes dias de fiesta, y lo hacía con una habilidad, un buen gusto y una riqueza que no dejaban nada que desear. La

confianza que inspiraba ponía á su disposicion todo lo que las señoras de la ciudad tenían de más precioso en materia de adornos. Entregábanle sus velos, sus collares, braceletes, sus diamantes y perlas finas, y nunca tuvieron motivo de arrepentirse; porque entre sus manos, benditas por la Providencia, nada se perdía ni se extraviaba.

¿Qué diré ahora de la devocion con que desempeñaba esta devota ocupacion? Al dar vueltas en torno de la imágen para arreglar su adorno, no podía contener las lágrimas, ni dejar de besarla amorosamente. Algunas veces tambien le dirigía la palabra como si hubiera sido una persona viva. Un dia entre otros la oyeron que decía: ¡Oh mi dulcísima Madre! Este vestido que teneis comienza á estar muy gastado, ¡que no pueda yo daros otro! Si tuviera siquiera quince ó diez y seis escudos á mi disposicion, compraría uno tan blanco como la leche, y os lo arreglaría á mi gusto. Lo creéis, ¿no es verdad, madre mia? Sus compañeras que oían este discurso, no vieron en él más que un deseo que su pobreza hacía inútil; mas cuál fué su admiracion cuando un momento despues lo cumplía Dios á su vista. Miétras ayudaban á Rosa en esta agradable ocupacion, una de las criadas de la ilustre señora de Gama llega y le da una carta que decía así: "Yo os

saludo, hermana mía Rosa. La solemnidad que va á tener lugar me hace conjeturar que trabajais en adornar la imágen de nuestra gloriosa madre santa Catalina de Sena, y os mando diez y seis escudos para contribuir á adornarla dignamente: haced de ellos el uso que os plazca. Adios., La sierva de Dios, despues de haber leído estas líneas, levantó los ojos al cielo y exclamó: "¡Oh amable Jesus! ¡qué amigo tan fiel sois!," En seguida corrió muy contenta á comprar una tela decente, y volvió luego para trabajar en su tarea. Estando en esta ocupacion, tuvo necesidad de una madeja que estaba en el aposento inmediato, y suplicó á su compañera de Montoya que fuese á buscarla. Esta, al entrar en el aposento donde estaba la santa imágen, viéndole un rostro más alegre y resplandeciente que de ordinario, experimentó una sorpresa agradable, y volvió corriendo á anunciar á Rosa lo que pasaba, la cual sin parecer admirarse ni levantar la cabeza, le dijo: "Ya veis, hermana mía, que nuestra madre seráfica aprueba lo que hacemos por ella, y más todavía las disposiciones del corazon con las cuales la servimos.,"

En otra ocasion, deseaba la santa jóven un ramo de alelí para adornar la imágen de su amada madre; pero no había apariencia

de que pudiese satisfacer este deseo, porque estaban entónces en el mes de Mayo, y los alelíes en el Perú no florecen en ese tiempo. No obstante, como el amor espera fácilmente lo que desea, bajó al jardín con dos de sus compañeras para ver si encontraría lo que buscaba: no faltaban allí las plantas de que hablamos, pero no tenían mas que hojas. Tres veces repitió esta visita, y siempre inútilmente. Llegada la noche, el presentimiento de lo que iba á suceder la llevó de nuevo al jardín, en el cual nada había cambiado, y dijo entónces á sus compañeras: "Nos queda todavía una noche, y es más de lo que se necesita para que el Todopoderoso nos conceda lo que deseamos. Veis este alelí, añadió mostrando con el dedo una planta que no tenía ni un sólo boton, mañana en la mañana tendrá tres ramas florecientes, en honor de la Santísima Trinidad.,, Sus compañeras se despidieron riéndose y bien persuadidas de que su profecía quedaría sin cumplimiento. El dia siguiente volvieron muy de mañana, para ayudar á Rosa á adornar la imágen que debía llevarse procesionalmente por la ciudad. Rosa, que no había concluido todavía su oracion, las mandó fueran al jardín á cojer las flores de alelí de que les había hablado la víspera. Eso es un trabajo inútil, respondió una de ellas, llamada

Catalina: ayer hemos adquirido la certeza de que ninguna planta florecería este mes. "Id, hermanas mías, replicó Rosa, á buscar las flores que os pido, y tráedmelas,, luego, viendo que vacilaban todavía, añadió: "¿Qué esperais, mis queridas hermanas? la fé es sin duda la que os falta. Id solamente al jardín, y vereis, cómo el que hizo florecer la vara de Aaron, ha hecho el mismo milagro en favor nuestro.,, Fueron y en efecto encontraron tres soberbios ramos llenos de flores en la planta que Rosa les había señalado la víspera. Cortáronlas, y las llevaron á la sierva de Dios, pidiéndole perdon de su desconfianza, y juntas con ella dieron gracias á su bienhechor. Lo que hubo de más admirable, fué que desde entónces no volvieron á faltar en toda estacion los alelíes con flores en el jardín de la santa.

En otra ocasion semejante, teniendo necesidad de aumentar otra obrera más, mandó llamar á una piadosa viuda llamada María Eufemia de Parejas. El momento era poco favorable, porque la nodriza de su hijo que vivía con ella, estaba gravemente enferma. No obstante, despues de haberla recomendado bien á los cuidados de sus otros criados, se rindió al deseo de Rosa, poniéndose á trabajar sin decir nada de su embarazo y de su pena. Cuando quedó todo ter-

minado, la santa jóven viendo á sus compañeras fatigadas, les suplicó bajaran al jardín á pasearse allí y respirar con más libertad. Yo iré, respondió Eufemia, si queis usar de vuestro crédito cerca de vuestra madre seráfica para curar á la nodriza de mi hijo que va á morir; si no lo haceis así no puedo ménos que volver á mi casa de prisa. Rosa, llena de compasion, volvióse hacia la imágen y le dijo con una confianza enteramente familiar: "Ah! mi gloriosa madre! ¿qué no veis la profunda pena que aflige á esta pobre mujer? Pareceme que esta es muy buena ocasion de mostraros caritativa: no dilateis el hacerle el favor que pide; os lo suplico por las Llagas de mi Salvador... Volviéndose luego hácia la afligida viuda, le dijo que tuviera confianza y viera ya como hecho el milagro. Eufemia consolada, fuese á su casa en donde encontró á la nodriza convaleciente, tanto que desde el siguiente dia, con aprobacion del médico, pudo seguir alimentando al niño.

En otra ocasion, Francisca de Montoya, despues de haber pasado la noche ayudando á Rosa en el mismo trabajo, fuése á su casa á tomar un poco de descanso mientras llegaba la hora de la procesion solemne. Advertida Rosa de un peligro que a-

menazaba á esta querida compañera, la recomendó encarecidamente á Santa Catalina y no fué sin provecho, pues durante la procesion hallándose Francisca cerca de unos fuegos artificiales, recibió en el ojo una chispa, que habiendo rechazado sobre la persona que iba á su lado le prendió fuego en todo el vestido; mas ella no recibió ningun mal, lo cual le pareció inexplicable de otra manera que por la intervencion de las oraciones de su amiga. El hecho le pareció tan cierto que inmediatamente despues de la ceremonia se apresuró á ir á darle las gracias. No veo en esto nada de sorprendente, respondió Rosa. ¿Cómo habría dejado de protejeros nuestra buena madre en todo el dia, despues que habíais pasado toda la noche en servirla? Santa Catalina, tan atenta en recompensar el trabajo de las piadosas compañeras de su muy amada discípula, no podía olvidarla á ella misma; de lo cual podría citar muchos rasgos acerca de esto; pero me contentaré con referir uno solo.

En el mes de Agosto de 1616, el mismo dia de la fiesta de Santo Domingo, despues de la procesion acostumbrada, volvió Rosa á la casa del Contador para desvestir allí á la imágen. Hacía tres dias que sufría cruelmente de la gota en la mano derecha, y al

mismo tiempo un tumor tan monstruoso que el médico estaba espantado. Había mandado ponerle una cataplasma, y debía volver el día siguiente para sangrarla; pero entre tanto, esta mano era para ella un miembro enteramente inútil, y no había esperanza que pudiese prestar á la imágen de su madre el servicio acostumbrado. Tal era por lo ménos la opinion del Contador y de su mujer; pero la santa jóven no podía creer que su seráfica madre la dejase sufrir tan penosa privacion. Así pues, cuando los cofrades trajeron la imágen al oratorio doméstico, fué Rosa á postrarse á sus pies y allí oró un instante: en seguida levantándose con un aire satisfecho, pidió unas tijeras á la mujer de Don Gonzalo. Esta no pudo dejar de sonreír y le preguntó de qué mano pensaba servirse. De la mano derecha, respondió Rosa, Pero hija mía, replicó la señora, no comprendo en donde podáis poner los dedos, y diciendo esto le ofrecía como por juego las tijeras más pequeñas que encontró. Miéntras tanto, Rosa descubriéndose la mano, hizo entrar fácilmente los dedos, y desempeñó su trabajo no sólo sin dificultad sino con una prontitud extraordinaria. La señora á quien la sorpresa turbaba la vista, no echó de ver el milagro que acababa de obrarse, y no cesa-

ba de decir: Pero Rosa, ¿qué haceis? no os lastimeis vuestra mano enferma; nosotras nos encargaremos de ese trabajo. Rosa continuaba sonriendo y sin responder nada. En el entre tanto llegó el Contador, y viéndola trabajar con las dos manos, no pudo creer á sus ojos y le dijo con solicitud: Cesad, hija mía, cesad, y mostradnos vuestra mano. Rosa la presentó, y vió él que el mal había desaparecido sin dejar ninguna señal. Quedó mudo de sorpresa; pero la alegría se pintaba en todo su semblante, pues era muy grande el interés que tenía por la santa jóven. Su mujer quiso hacerle la relacion de este acontecimiento milagroso; pero él quiso mejor oírlo de la boca misma de Rosa, que satisfizo con mucho gusto su deseo. El día siguiente que vino el médico, quedó igualmente admirado de esta pronta curacion, y confesó que que no había podido hacerse de una manera natural.

#### CAPÍTULO XXI.

De la ferviente devocion de Rosa para con la divina Eucaristía, que la hace suspirar por el martirio.

Desde su más tierna infancia deseó Rosa participar del sacramento adorable de la Eu-